

San José, Costa Rica

28 de Febrero 1914

RENOVACIÓN

LITERATURA - CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Año IV

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

Núm. 76

Ligero estudio sobre tres libros poéticos de Leopoldo Lugones ¹

Ante todo os pediré un poco de benevolencia para juzgar tan sencillo trabajo, cuyo principal fin es dar a conocer a grandes rasgos la obra literaria de Leopoldo Lugones, el poeta que vive allá en el Sur, inundando las llanuras del Plata con sus torrentes de inspiración, y esparciendo por los cielos argentinos la majestad de sus versos potentes, llenos de vigor y audacia, en el fondo como en la forma. Aunque en Lugones se admira al pensador, al educacionista, al poeta, y en general al hombre de letras, por ahora me propongo tratarlo únicamente como poeta, siendo posible conocer varios de sus aspectos en este caso.

Lugones nació en Córdoba, ciudad muy importante de la Argentina, y cuna de familias muy conservadoras, detalle que hace pensar cómo este hombre, viviendo en un ambiente tan pacífico, haya llegado a ser un verdadero revolucionario de ideas tan radicales.

De su ciudad natal pasó a Buenos Aires, donde conoció a Rubén Darío, y a hombres distinguidos entre quienes pudo desplegarse su talento con plena conciencia de su fuerza. Lugones, en efecto, estudió mucho, y en compañía de José Ingenieros, dirigió un periódico con tendencias radicales llamado «La Montaña», a semejanza de aquel partido que en la Revolución Francesa llevaba ese nombre.

Lugones ha sido mucho tiempo inspector de escuelas y como educacionista ha escrito muchos libros como la «Didáctica», «Sarmiento» y «La Reforma Educacionista»; últimamente hizo un viaje a Europa y a su regreso dió una serie de conferencias sobre el «Payador argentino».

Cuando tenía 22 ó 23 años, publicó su famoso libro «Las Montañas del Oro», que es una obra definitiva, la cual a pesar de los pocos años de su autor, ha delineado el pedestal en que se yergue el monumento de su bien merecida gloria. Uniendo su alma de artista al inmenso caudal de conocimientos que posee, arroja las escalas de su pensamiento, sobre los árboles, sobre las cumbres encanecidas, y sin declamar, con la calma imperturbable de los grandes, derrama el líquido de sus versos en clásicas vasijas, y si no le caben, se forma otras, creando así, una nueva versificación, demostrando que el poeta no es hechura única de la naturaleza, sino que debe buscar en la instrucción horizontes más amplios para sus concepciones artísticas.

«Las Montañas del Oro» produjeron una verdadera conmoción en toda la América; era algo inesperado: era el león rugiente que se abalanzaba por las puertas del templo, del cual la multitud esperaba ver salir a un Dios.

¹ Conferencia leída en la Sociedad de Maestros en la noche del 6 de agosto de 1913.